

¡Muera don Quijote!

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo II

("Viola Nueva", Madrid, 26 junio 1898).

1130

# ¡Muera Don Quijote!



Con tanta razón, como Carlyle de la obra de Shakespeare y el imperio de la India, debemos decir que el *Quijote* vale para España más que su moribundo imperio colonial. A la luz del *Quijote* debemos ver nuestra historia.

El pobre hidalgo manchego, una vez perdido el seso por la lectura de los libros de caballería, echóse por esos campos á deshacer lo que se le antojaba tuertos y á conquistar imperios. Y no por culpa suya, sino de su caballo, solía verse tendido en tierra cuando menos lo esperaba, por culpa de aquel rocín al que dejaba tomar camino á su tante, creyendo que en esto consistía la fuerza de las aventuras. Tampoco por culpa suya, sino por la de los Gobiernos que le llevan á su capricho, se ha visto más de una vez tendido el pueblo español y á merced de mozos de mulas que le molieran á su sabor las costillas. El pobre caballero y el pobre pueblo saben por lo menos consolarse y no es poco ésto.

Quando el caballero de la Blanca Luna venció á Don Quijote y sin hacerle caso á aquello de «quítame la vida, pues me has quitado la honra», le mandó se volviese á su lugar á descansar un año, tomó nuestro hidalgo camino de su aldea, dispuesto á cumplir lo que le fué mandado. Mas no bien llegó á su hogar, cogióle una calentura que le costó la vida. Y entonces, al despertar curado tras un buen sueño de seis horas, bendijo al poderoso Dios, cuyas misericordias no tienen límite, «ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.» Sintiéndose á punto de muerte quiso hacerla de tal modo que diese á entender que no había sido su vida tan mal que dejase renombre de loco. «Dadme albricias, buenos señores —dijo á sus amigos— que ya no soy yo Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de bueno.» Así murió, con muerte ejemplarísima, el caballero Don Quijote, el histórico, para renacer ante el juicio de Dios en el honrado hidalgo Alonso Quijano, el eterno.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

1-130 La locura es en cada cual á quien toca, trastorno de su cordura; según se es cuerdo vuélvese uno loco, pero á la vez la locura saca todo el poso de soberbia y de vanidad humanas que en todo mortal descansan. La extraña y temporal locura de Don Quijote, fué acaso trastorno de la bondad eterna de Alonso Quijano, pero fué además explosión de soberbia de espíritu impositivo. Creyóse ministro de Dios en la tierra y brazo por quien se ejecutaba en ella su justicia.

locura  
trato no con  
su



España, la caballeresca España histórica, tiene como Don Quijote que renacer en el eterno hidalgo Alonso el Bueno, en el pueblo español, que vive bajo la historia, ignorándola en su mayor parte por su fortuna. La nación española,—la nación, no el pueblo—molida y quebrantada, ha de curar, si cura, como curó su héroe, para morir. Sí, para morir como nación y vivir como pueblo.

Las naciones, en efecto, laborioso producto histórico, han de morir tarde ó temprano, y creo y espero y deseo, que mucho antes de lo que nos figuramos. Les sobrevivirán, de un modo ó de otro, los pueblos, su imperecedera substancia. La obra mayor tal vez de la historia, sea crear razas históricas y dar á los pueblos personalidad diferenciándolos, y preparar así la integración futura de la universal familia humana, bajo el Padre común.

La vida de una nación, como la de un hombre, debía ser una continua preparación á su muerte, un ejercicio para legar al mundo un pueblo puro, pacífico y cristiano, lavado de la mancha original de salvajismo, que en la concepción militar subsiste.

Al prepararnos á morir, quiera Dios que curemos de la locura á que nos han traído los libros de caballería de nuestra historia, á pensar en alguno de cuyos pasos acordamos acogernos como á ordinario remedio en nuestras desdichas colectivas.

El bueno del cura, ayudado por el barbero, tomó la providencia de escudriñar los libros de Don Quijote, quitándoselos todos, quemarle los más, y tapiar la estancia de ellos. ¡Ojalá en España se pudiese olvidar la historia nacional! ¡Ojalá se sacara conciencia de la casi inexplorada mina del espíritu del hidalgo pueblo, que ara sus tierras en resignado silencio ó ignora felizmente lo que sucedió en Otumba, en Lepanto ó en Pavia! ¡Continuar la historia de España!... Lo que hay que hacer es



UNIVERSIDAD SALAMANCA  
GREDOS.USAL.ES

i Monera D. Anifote !

(3)

1-130 acabar con ella, para empezar la del pueblo español. Porque España, este fantasma histórico simbolizado en una tela de colores, esta visión, de origen sobre todo libresco, que se cierne sobre nosotros sofocándonos y oprimiéndonos, nos esclaviza. ¡Terrible esclavitud la de los pueblos guiados por su mezquina imagen en la historia, superficial y nada más de la vida!

Un pensador español de extraordinaria originalidad, Angel Ganivet, pide en su hermoso *Idearium* que después de los períodos hispano-romano, hispano-árabe ó hispano-colonial, tengamos un período español puro, «en el cual nuestro espíritu, constituido ya, diere sus frutos en su propio territorio», pide la acción ideal que «alcanza sólo su apogeo cuando se abandona la acción exterior y se concentra dentro del territorio toda la vitalidad nacional». Hay en esto gran fondo de verdad.

Hay que olvidar la vida de aventuras, aquel ir á imponer á los demás lo que creíamos les convenía y aquel buscar fuera un engañoso imperio. Hay que meditar, sobre todo, en lo profundamente anti-cristiano del ideal caballeresco. Si la tarea de la nación, producto esencialmente burgués, ha sido asegurar la desigualdad con la guerra, la misión de un pueblo es realizar en sí mismo, *ad intra*, la justicia, y cristianizarse. Un pueblo de verdad cristiano conquistaría por el amor al mundo. Sin salir de su aldea, con su olla de algo más vaca que carnero, su salpicón las más noches, sus duelos y quebrantos los sábados, sus lentejas los viernes y su algún palomino de añadidura los domingos, puede el hidalgo Alonso el Bueno realizar la justicia callada, sin ruido de armas y sin buscar sitio en la condenada historia ni cuidarse de andar en romances y coplas. Preocuparse de sobrevivir en la historia estorba al subsistir en la eternidad; es sacrificar el hombre al hombre, el pueblo á la nación; es una de las más tristes supersticiones que nos ha legado el paganismo, que por boca de Homero dijo que los dioses traman y cumplen la destrucción de los hombres para que tengan argumento de canto las futuras generaciones. «Dejad que los muertos entierren á sus muertos» digamos con Cristo, considerando á la historia un cemen-



Ganivet

caballeros  
Haut uns hano

No muertos  
havia



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES

1.5.2/70

¡ Muera Don Quijote !

4

1430terio, un osario de sucesos muertos, cuya alma eterna llevamos los vivos. Sólo rompiendo y abandonando el capullo puede el pobre gusano extender sus alas, secárselas á la brisa libre y volar, como mariposa, á la luz.

Los naciones en pie de guerra y de proteccionismo, viviendo en paz armada, oprimen á los pueblos. No por encima sino por debajo de ellas; no en alianzas guerreras internacionales ni en pactos diplomáticos, sino en el doloroso abrazo de los que trabajan y sufren, cuaja la hermandad en que pueda fructificar el evangelio eterno. Día vendrá en que las hoy más celebradas glorias de las naciones serán objeto de piadosa execración por parte de los pueblos. Día vendrá, debemos esperarlo, en que descubierta á la conciencia cristiana la infame blasfemia que se cela en el bárbaro principio romano de *si vis pacem, para bellum*, reine el evangélico «no resistáis al mal»; día vendrá en que se sienta que sin paz no hay honra verdadera, honra cristiana y no pagano pundonor caballeresco, día en que los utopistas de hoy aparezcan profetas y nuestras grandezas históricas vanidad de vanidades y pura vanidad. Y si este día por su misma sublimidad no ha de venir nunca, si es un ideal inasequible; no importa! á él debemos tender. Lo inasequible se nos puso como fin al decirnos que fuésemos perfectos como es perfecto nuestro Padre.

¡ Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡ Muera Don Quijote!

Vuelto á su cueva Segismundo medite en el sueño de la vida y repita que quiere obrar bien, «pues no se pierde el hacer bien aun en sueños». Dejando á Don Quijote acuda Sancho á Alonso el Bueno, el eterno.

Acudamos á lo eterno  
Que es la fama vividora  
Donde ni duermen las dichas  
Ni las grandezas reposan.

¡ Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡ Muera Don Quijote!  
¡ Muera Don Quijote!

MIGUEL DE UNAMUNO



Justicia



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

1.5.2/70